

Recopilado: 22-05-2024 | Aceptado: 06-06-2024 | Publicado: 20-06-2024

POESÍA LÁRICA: UNA RELECTURA POLÍTICA DE LA OBRA DE JORGE TEILLIER

LARIC POETRY: A POLITICAL REREADING OF THE WORK OF JORGE TEILLIER

ANTONIO RIOSECO

DUOC

Santiago, Chile

antonio.rioseco@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-2591-7306>

ENSAYO

Resumen

La poesía lárica, como se entiende en Chile a partir del ensayo de Jorge Teillier “Los poetas de los lares”, es decir, como una vuelta al origen aldeano y familiar en un rechazo a la modernidad desarraigada y avasalladora de los valores tradicionales, ha tenido lecturas que van desde la exaltación del carácter nostálgico y provinciano hasta las visiones que la consideran como una estética evasiva y carente de sentido histórico. En lo que a este trabajo respecta, mi intención es realizar un aporte en el análisis crítico de la poesía lárica en cuanto a su estética política que se relaciona, según lo que aquí planteo, directamente con los procesos históricos de nuestro país durante el siglo XX.

Palabras clave: Teillier, poesía lárica, poesía chilena.

Abstract

Laric poetry, as it is understood in Chile from Jorge Teillier's essay “The poets of the lares”, that is, a return to the village and family origins as a rejection of the uprooted modernity that overrides traditional values, has prompted understandings that range from the exaltation of the nostalgic and provincial character to views

that consider it as evasive aesthetics that lacks historical sense. As far as this work is concerned, my intention is to make a contribution to the critical analysis of laric poetry in terms of its political aesthetics that are related, according to what I propose here, directly with the historical processes of our country during the 20th century.

Keywords: Teillier, chilean poetry, laric poetry.

En nuestro país se utiliza la categoría de “poesía lárca” para referirse a una serie de autores unidos por una estética común, que se visibilizan a partir del ensayo de Jorge Teillier (1965) “Los poetas de los lares” y que, en términos muy generales, se relaciona con una escritura que regresa a la aldea y a un modo de vida y ritmo marcados por la conexión con el mundo rural.

Existen, dentro de esta línea poética, varios autores que han dejado un legado importantísimo en nuestra poesía y que han logrado encontrar también eco en generaciones posteriores. Alfonso Calderón, Efraín Barquero, Rolando Cárdenas, Alberto Rubio y el mismo Teillier, son quizás sus exponentes principales. No obstante, existen lecturas que hablan de un cierto carácter apolítico y evasivo, achacándole un desconocimiento de su tiempo y realidad. Está dentro de esta crítica, la intención de asumir un quiebre entre poesía política y poesía lárca, como dos polos opuestos dentro de la tradición poética nacional.

Aunque la poesía lárca no se caracteriza por hacer declaración explícita de lo político, considero que es una conclusión apresurada señalar que no es una poesía política, ya que, si bien merodea otros espacios del lenguaje, de todos modos, posee una matriz histórica común a la poesía de quienes se autodenominan, de manera excluyente, como política.

Es fácil, y por lo mismo recurrente, caricaturizar señalando que el larismo es una poética invadida por una nostalgia patológica y un apego irrestricto a una edad de oro. Pero, lo que planteo, es que la poesía lárca está asociada al resguardo de una moral que es también política, y no es una simple contemplación melancólica y descriptiva del paisaje agreste. No es la contemplación, sino una actitud firme de rechazo a la pérdida de los valores comunitarios y el avance de la modernidad burguesa, que en Chile tiene su corolario en la neoliberalización de la economía y de

la vida social que logra introducirse en la construcción y relectura de la memoria colectiva. Por lo mismo, es en esta memoria donde la oposición del poeta se articula a fin de defender su pertenencia a la comunidad.

Por esta razón, la memoria es el concepto que amalgama la poesía lárca con el trazado histórico y la política, haciéndose cargo de lo que va menguando en nuestro entorno, en lo material y lo simbólico, personal y colectivo, valiéndose de la memoria para proteger un discurso histórico y valórico. Y es que, si bien esta se construye socialmente, no se da de manera espontánea; sino que, más bien, es un proceso profundamente conflictivo, donde hay fuerzas que tienen la capacidad hegemónica de dirigir una memoria, desplazando a otras. Es allí donde el poeta se siente llamado a proteger un espacio mental y material que va desapareciendo, como el guardián de un viejo mito.

Por otro lado, debemos considerar que el larismo no se sitúa en una generación en particular ni tampoco podemos pensar que es un fenómeno particular de la tradición chilena, sino que es una poética que sobrepasa la existencia de los autores que en un primer momento se autoidentificaron con esta corriente, como Teillier y Cárdenas y, asimismo, se entronca con espacios universales de la poesía, proveniente al menos en una vertiente principalmente de autores europeos como Rilke, Trakl, Saint John Perse y Esenin; sensibilidades imposibles de amarrar solo a realidades locales y, que, por lo mismo, tienen sus correlatos en poetas de distintas geografías y tiempos, en una cartografía que poco tiene que ver más con lecturas que con mapas.

Las posibilidades históricas que permiten la emergencia de poéticas afines en cualquier lugar del mundo pueden rastrearse en el ámbito económico o político; no es algo ajeno a la escritura. Las condiciones que contextualizan a la poesía lárca son historizables, es decir, situadas en un tiempo y un espacio, y se relacionan con los desafíos coyunturales que se presentan, los que, en este caso, se relacionan con el avance del capitalismo y la destrucción de los modos de vida y valores tradicionales contruidos por la comunidad. En este sentido, Ana María Traverso (2002) señala que la poesía lárca “no pertenece a un territorio ni lugar específico [sino] más bien se trata de una situación que vivencia la modernidad [que] contrasta con el mundo de los pequeños pueblos rurales, que tienden a ir desapareciendo” absorbidos por las metrópolis. En aquellos “se conservan modos de vida antigua a los cuales es sensible el poeta lárca” (p. 70).

En una de sus últimas entrevistas, Teillier (1994) apuntó que “la poesía lárca no es

solamente del sur, sino de toda la gente que respete sus tradiciones y antepasados”; radicaría, entonces, en valores y no en la particularidad del paisaje rural o aldeano. Repudiaría, según plantea en esa entrevista, “el mundo mecanizado y estandarizado del presente, en donde el hombre medio solo aspira a las pequeñas metas del confort como el auto, la televisión; en donde el habitante de nuestros países pierde su individualidad gracias al lavado mental de la propaganda y el deslumbramiento impuestos por el ejemplo y la propaganda de formas foráneas de vida”. La poesía lárca no estaría reforzando los valores dominantes, sino estableciendo un planteamiento crítico de las condiciones económicas que determinan un tipo de arte burgués en muchos de sus coetáneos. Y en esto era explícito en señalar sus críticas a los narradores chilenos de la generación del cincuenta, en tanto que “representantes de una pequeña burguesía [...], postulaban el éxodo y el cosmopolitismo llevados por su desarraigo, su falta de sentido histórico, su egoísmo pequeño burgués” (Teillier, 1969). Se alejaban de la tierra y las tradiciones por abrazar lo extranjero y renegar del proceso de construcción comunitario de la identidad.

Lamentablemente las características de la poesía lárca que Teillier fijara en su ensayo, dificultaron la existencia de lecturas contemporáneas que se alejaran de concepciones estereotipadas, y que fueran capaces de integrar la carga crítica que también contiene. Teillier alcanza a ver esto y se lamenta haber facilitado la labor reduccionista de la crítica, dejando al retorno a la aldea casi como un fin en sí mismo.

Una propuesta distinta es la que realiza Niall Binns (1997) en “Reescritura y política en la poesía de Jorge Teillier”, que, aunque se inclina más en buscar la explicitación de lo político que puede observarse a partir de la publicación de *Para un pueblo fantasma* (1978), que en la presencia de lo político en la obra íntegra de Teillier. En dicho poemario, podemos percibir —efectivamente— un cambio en su escritura que, sin abandonar el larismo como el imaginario matriz, actualiza su visión del territorio de la infancia; no desde una lectura mítica del pasado y la aldea, sino como un crudo enfrentamiento con la realidad que le golpea en el viaje del autor a su pueblo natal, ya que en vez de recordar lo perdido, denuncia la destrucción de la ciudad como un espacio comunitario¹.

¹ Complemento ideal para este libro lo constituyen las crónicas “Visión de la Frontera” (1964), “Días de la Frontera” (1969) y “Lautaro: este es mi pueblo” (1969), recogidas en *Prosas* (1999, Sudamericana), de Jorge Teillier. Santiago: Sudamericana. También el cortometraje documental *Nostalgias de Farwest* del colectivo de Cabo Astica, 1988.

En esta segunda etapa de la poesía de Teillier, podemos encontrar algunas referencias a la dictadura. Sin embargo, quiero plantear aquí que la poesía lárca no encuentra solamente en ese periodo un espacio para trabajar la política, sino que la configuración entera de la poesía de Teillier (como ese único poema que él decía escribir) es un corpus que representa una visión y una postura política frente al devenir histórico nacional.

No existe en Teillier esta división maniquea entre lo político y lo evasivo, sino que su discurso pretende denunciar una pérdida que no es producto del paso ineludible del tiempo, sino de la intromisión del mercado en los modos de vida tradicionales, propios de la aldea y del campesinado, proceso que –como sabemos– tiene su profundización durante la dictadura militar reciente. Es decir, previo a *Para un pueblo fantasma*, se trabaja una visión de mundo que es resguardada en el poema, pero que termina sin un lugar en la realidad en el que pueda ser depositada. Es la memoria, entonces, la que se extravía y pierde sentido en una vida que no le hace justicia puesto que ha perdido los valores que podrían sostenerla. Por lo tanto, estos dos grandes momentos de la poesía de Teillier son complementarios, porque son la construcción y la destrucción de un mito.

En el poema “El aroma” (Teillier, 1956) podemos encontrar tal vez una síntesis de la poética lárca inicial, ya que presenta sus contenidos arquetípicos: la provincia, la infancia, la naturaleza, todos conceptos que abrigan lo fundacional en una persona y que sustentan la memoria. Escribe Teillier:

[...]

El aroma es el primer día de escuela,
es una boca manchada de cerezas,
una ola amarilla de donde nace la mañana,
un vaso de vino en la mesa de los pobres.
El aroma es un domingo en la plaza de provincia,
es lo que nace de la semilla
de un hueso de niño muerto,
la amistad de las ovejas y el molino
en los viejos calendarios
y la alegría de los brazos
que renacen cuando estrechan el cuerpo de quien aman.

El aroma, como uno de los árboles distintivos de la Frontera, representa parte de los recuerdos más preciados por Teillier y, por lo mismo, lo dota de un significado que trasciende la contemplación botánica; trazos de felicidad que, en este poema, prescinden de una nostalgia corrosiva, porque, al contrario, es una memoria que se nos presenta reconfortante y esperanzadora.

Sin embargo, la memoria de la provincia va tomando un cariz melancólico a medida que va perdiendo el espacio que la origina. Cuando llegamos a *Para un pueblo fantasma*, su ciudad natal, Lautaro, que en el recuerdo hacía de garante de una provincia mítica, se presenta ahora como si hubiese avanzado en él una deshumanización, donde ya no solo existen quienes lo habitaron, al menos como formaban parte en el imaginario teillieriano. La televisión y el fútbol, el comercio de Temuco, la moda impuesta desde Santiago, la migración hacia las ciudades más pujantes, alejan a sus habitantes que son reemplazados por los fantasmas que la habitan. Pero es también la aldea que se transforma en una pequeña capital con la llegada de la globalización. De “Notas sobre el último viaje del autor a su pueblo natal” (Teillier, 1978) podemos leer:

6

A los mapuches les gustan las canciones mexicanas
del Wurlitzer de la única Fuente de Soda.

Las escuchan sentados en la cuneta de la Calle Principal.

Van a la vendimia en Argentina y vuelven con terno
azul y transistores.

Ha llegado la TV.

Los niños ya no juegan en las calles.

Sin hacer ruido se sientan en el living para ver a
Batman o películas del Far West.

Mis amigos están horas y horas frente a la pantalla.

Tengo ganas de que lleguen los Ovnis.

9

Solitario donde nunca he estado solitario
camino hasta el abandonado velódromo de tierra
donde no aparece ni el fantasma del Campeonato
de Ciclismo de Chile del año 30.

Hay caballos pastando en lo que fue cancha de fútbol.

Todos se interesan sólo por ir a ver los partidos

profesionales a la Capital de Provincia
mientras yo pienso mordisquear una brizna de brezo.

14

Día domingo de salida de misa.

Las niñas se pasean con la moda recién llegada de Santiago
acompañadas por la banda del Regimiento que toca cumbias.

Los dueños de casa compran las primeras sandías
y los diarios con las noticias frescas de los últimos crímenes.

Camino por las últimas calles de este lugar de
bomberos, rotarios, carabineros, jubilados,
tinterillos y profesores primarios,
allí los puñales del sol entran por las costillas de los
pobres cercos de madera.

Siento los estertores de las postreras carretas y
locomotoras a vapor.

Busco la paz tendiéndome en la pradera condecorada
por los girasoles

contemplando el glorioso oleaje del trigo
y los viajes infinitos de las nubes que van a llorar
por nosotros.

La aldea pierde su familiaridad y se hace extraña para quien enfrenta la memoria con la realidad. El pasado que es producido, reconstruido y mantenido socialmente necesita de una intervención consciente del cuestionamiento crítico, en razón de poner en juicio los valores de la cultura burguesa dominante que desplaza un mundo en extinción. Esto, en la estética de la memoria que representa el larismo, se da de un modo pesimista e, incluso, desesperanzador. En el texto citado, hay un claro pesar por una realidad que desplaza una memoria y que genera una distancia que se vuelve ironía, una mezcla entre desdén y desdicha. Estos dos elementos, en el poema "Blue" (Teillier, 1978), se conjugan a través de versos diáfanos que conectan al lector con una sensibilidad melancólica, a la que precisamente hace referencia la palabra *blue* en inglés, en su acepción que alude a la tristeza y melancolía. Dice el poema:

Veré nuevos rostros
Veré nuevos días
Seré olvidado
Tendré recuerdos

Veré salir el sol cuando sale el sol
Veré caer la lluvia cuando llueve
Me pasearé sin asunto
De un lado a otro
Aburriré a medio mundo
Contando la misma historia
Me sentaré a escribir una carta
Que no me interesa enviar
O a mirar los niños
En los parques de juego

Siempre llegaré al mismo puente
A mirar el mismo río
Iré a ver películas tontas
Abriré los brazos para abrazar el vacío
Tomaré vino si me ofrecen vino
Tomaré agua si me ofrecen agua
Y me engañaré diciendo:
“vendrán nuevos rostros
Vendrán nuevos días”.

Aquí también aparece otro elemento fundamental de la poética teillieriana, que dice relación con lo que el autor denominaba “nostalgia del futuro”, que él traduce como “lo que no nos ha pasado, pero que debiera pasarnos” (Teillier, p. 19). Esto puede entenderse también como añorar lo que pudo suceder y que jamás sucedió. En los últimos tres versos se desliza el descreimiento acompañado de una certeza que pese a su evidencia no se quiere aceptar. No “vendrán nuevos rostros” ni “vendrán nuevos días”; aun así, Teillier los añora puesto que en ellos cifra tal vez la única esperanza que no existe sino en el poema.

Si antes podía jugar “con los recuerdos / a la gallinita ciega” (Teillier, 1968), en una proyección lúdica de la memoria hacia la infancia, ahora esos mismos recuerdos le enrostran que ha envejecido y que todo y todos a su alrededor, incluso la Historia, rejuvenecen sin darle tregua. En el poema “Después de la fiesta” (Teillier, 1985) declara:

Está más joven la mujer que se despierta para lavar ropa ajena en la artesa rústica.
Están más jóvenes quienes en la plaza hablan de sus amigos desaparecidos o asesinados.
Está más joven la flor guardada entre las páginas de *Fermina Márquez*,

está más joven el rugoso pescador que bebe su aguardiente frente al temporal recién nacido.

Está más joven el guijarro que espera ser recogido por un niño,
tras ser pulido por una ola que cada viaje hace cada vez más joven.

Sólo yo he envejecido.

El paso del tiempo pareciera solo afectarle a él, y su ánimo se empequeñece ante esa verdad descubierta. Nuevamente, como en “El aroma”, aparecen elementos de la naturaleza, la infancia, la provincia y su plaza, pero se agrega aquí el momento político representado por los “amigos desaparecidos o asesinados”. El escenario aldeano ya trabajado por Teillier se resignifica aquí por la carga incómoda de un elemento que viene a romper la contemplación de otros momentos. La ausencia ya no sólo es simbólica y fundadora del mito, sino que la desaparición es real y deja un vacío orgánico en la comunidad, lo que añade un elemento de complejidad a la poética de Teillier. No obstante, la inclusión de elementos del contexto dictatorial chileno es marginal dentro de la escritura postgolpe del autor, aunque no por ello menos significativa, puesto que forman parte de la revisión autocrítica que hace Teillier de su obra, donde el peso de la realidad lo afecta profundamente. El Chile que se rompe con la derrota de Allende no pasa desapercibido por la escritura del poeta de Lautaro.

No está, eso sí, el carácter contestatario o de denuncia encabalgada a los hechos que se puede encontrar en otros poetas, pues hay que tener en cuenta que el larismo tiene una existencia previa que surge junto a procesos que venían transformando la fisonomía social de Chile con anterioridad. Por eso las críticas que señalan el carácter evasivo de la poesía lárca no sólo se remiten al periodo 1973-90, sino que venían de la mano de la radicalización de los proyectos políticos de izquierda en la década del sesenta, y la posibilidad cada vez más cercana de asumir el gobierno del país. Esto dejaba al larismo en una posición disminuida frente a las fuerzas creativas con directo compromiso político, situación de la que se hacía cargo Teillier (1969) señalando que:

Hijo de comunista, descendiente de agricultores medianos o pobres y de artesanos, yo sentimentalmente sabía que la poesía debía ser un instrumento de lucha y liberación [...] pero yo era incapaz de escribirla [...]. Fácilmente podía ser entonces tratado de poeta decadente, pero a mí me parece que la poesía no puede estar subordinada a ideología alguna [...]. Ninguna poesía ha calmado el hambre o remediado una injusticia social, pero su belleza puede ayudar a sobrevivir contra todas las miserias.

Esboza aquí una función paliativa de la poesía frente a la miseria humana y no la condena a la inutilidad o a la mera recreación, pero entiende que no debe estar supeditada a cualquier instrumentalización.

Algunas de las críticas que ha recibido la poesía lárca provienen también de poetas como Enrique Lihn y Raúl Zurita, quienes manifestaron su distancia. Lihn, quien fuera en un momento muy cercano a Teillier, escribió en un ensayo titulado “Definición de un poeta” (Lihn, 1966, p. 39) que:

Este falso provincianismo de intención supralocal [...], quiere reivindicar una poesía que *naturalmente* no tiene ya nada que decir, en nombre de otra, artificiosa, cuyo supuesto y cuya falacia estriban en que, ante un mundo moderno de una complejidad creciente, desmesurado en todos sentidos y en tan grande medida peligroso, la actitud poética razonable estaría en restituirse a la Arcadia perdida, pasando, en un amable silencio, escéptico, minimizador, los motivos inquietantes de toda índole que acosan al escritor actual abierto al mundo y oponiéndole a éste un pequeño mundo encantatorio, falso de falsedad absoluta, con sus gallinas, sus gansos y sus hortalizas.

Hay en las palabras de Lihn una oposición sin dobleces a la estética del larismo, negándole cualquier autenticidad, y considerándola más bien una impostura provinciana de lo que para él era una poética carente de historicidad.

Zurita, por su parte, suele catalogar a la poesía lárca como el opuesto a la poesía política, y también le achaca la falta de sentido histórico. En una entrevista del 2008 el autor de *Purgatorio* declara que:

Si viniera un marciano y la única información que tuviera de Chile fuera los libros de poesía de Jorge Teillier por citar alguien célebre [...], pero también de Uribe, de Artèche, en fin, llegaría a la conclusión de que en Chile nunca pasó absolutamente nada, pero nada de nada. Y no hablo de denuncia, sino sólo que en alguna parte estuviera registrado el temblor, el tartamudeo, como sí lo está en Diego Maquieira, en Carlos Cociña y en esa impresionante imprecación nostálgica, rockera, arrasada por todo lo que se perdió que es la poesía de José Ángel Cuevas².

Esta evasión o refugio en una edad de oro perdida que no lograría atestiguar el *temblor* no es, a mi entender, una abstracción de la realidad sino más bien —como

2 Entrevista realizada en Concepción por Gretta Montero ante un auditorio de la universidad. Disponible en el sitio web letras.s5.com

apuntaba Teillier en el subtítulo del ensayo “Los poetas de los lares”—, una “nueva visión de la realidad en la poesía chilena”. Esto lo podríamos entender, entonces, como otra forma de realismo, un “realismo secreto” en palabras de Teillier, que se apropia del silencio para llegar a lo más profundo de la memoria. En otras palabras, una búsqueda de sentido en un viaje hacia dentro y hacia atrás. Esto no quiere decir que sea una poesía reaccionaria, no es un salto al pasado, sino una vuelta hacia el sujeto que en ese momento miraba lo que hoy se recuerda en un proceso dialéctico entre la construcción de la memoria y lo que se recuerda.

Los mecanismos utilizados por Teillier consistían en guardar en el poema la memoria, dejando incluso de lado la realidad misma de las cosas, porque sabía de la imposibilidad de recuperarla. “Lo que importa no es la lluvia / sino sus recuerdos tras los ventanales del pleno verano” (Teillier, 1963), es decir, ante la imposibilidad de tener lo que se ha ido, la memoria se hace aún más fuerte.

Es increíble ver que, desde el primer poema de su primer libro, “Otoño secreto” en *Para ángeles y gorriones* (1935), Jorge Teillier configura completamente su poesía en un gesto de madurez que podemos encontrar en muy pocos primeros libros. Señala que el paso del tiempo va generando una confusión, una ilusión, un olvido, de lo que es real:

Cuando la forma de los árboles
ya no es sino el leve recuerdo de su forma,
una mentira inventada por la turbia
memoria del otoño,
y los días tienen la confusión
del desván a donde nadie sube
y la cruel blancura de la eternidad
hace que la luz huya de sí misma,
algo nos recuerda la verdad
que amamos antes de conocer.
[...]

Hay algo que nos puede llevar a un pequeño orden perdido, una verdad, que no es sino la memoria, que se encuentra en lo que se calla o queda en lo más profundo de nuestra subjetividad. Serían los espacios del silencio, un mundo perdido en una realidad que no encaja, una nueva ciudad que traiciona a quien emigró y pretende volver. Existiría una aldea eterna que uno lleva consigo y que es llevada al poema convirtiéndose, así, en el guardián del mito. Y la construcción básica que realiza

Teillier para ello es a través de la imagen poética, porque al nombrar lo cotidiano —como el pan, el agua o un guijarro al borde de un río— se retiene la fugacidad de la verdadera imagen del pretérito.

Articular el pasado no significa conocerlo tal cual fue, sino que el poeta debe apoderarse de un recuerdo tal como relampaguea en un instante de peligro, siempre a punto de desaparecer. Con ello le imprime una función a la poesía desestabilizando la concepción contemplativa y distractora propia de la literatura burguesa. El peligro amenaza tanto a la memoria como a quienes debe serles entregada. Ante el conformismo impuesto por la clase dominante, para poder avasallar la memoria en pos de un progreso exitista, la memoria debe ser un factor de ruptura.

Referencias

- Binns, N. (1997). Reescritura y política en la poesía de Jorge Teillier. *Acta Literaria*, (22).
- Lihn, E. (1966). Definición de un poeta. *Anales de la Universidad de Chile*, 124(137).
- Teillier, J. (1965). Los poetas de los lares. *Boletín de la Universidad de Chile*, 56, 48-62.
- Teillier, J. (1966, noviembre 13). Por un tiempo de arraigo. *El Siglo*, p. 15.
- Teillier, J. (1969). Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia poética. *Trilce*, 14, 13-17.
- Teillier, J. (1978). *Para un pueblo fantasma*, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Teillier, J. (1994, mayo 8). Entrevista por Pedro Pablo Guerrero. Revista de Libros, *Diario El Mercurio*. Santiago, Chile.
- Teillier, J. (1998). *Los dominios perdidos*. Fondo de Cultura Económica.
- Teillier, J. (2004). *Para ángeles y gorriones*. Editorial Universitaria.
- Traverso, A. (2002). Discusión del concepto de poesía lárca. *Revista Electrónica: Documentos Lingüísticos y Literarios UACH*, (24-25).
- Zurita, R. (s.f.). "Entrevista al poeta Raúl Zurita / Entrevistado por Greta Montero". <http://www.letras.mysite.com/rz050609.html>



Esta obra está bajo una Licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.